LA PIEL DEL TIEMPO. MEMORIA Y EXILIO EN *EL PERFUME DE MI MADRE ERA EL HELIOTROPO* DE MARÍA TERESA LEÓN

NEUS SAMBLANCAT MIRANDA
Universitat Autònoma de Barcelona. GEXEL-CEFID

A mi madre

Llego a los campos amplios y a los vastos palacios de la memoria, donde están los tesoros de las incontables imágenes de toda clase de cosas que se han ido almacenando a través de las percepciones de los sentidos.

San Agustín, Confesiones

¡Qué paradojas sustentan la vida! ¿Por qué una escritora que iba a perder sus recuerdos, su pasado, apuntaló su obra literaria en la memoria? ¿Presintió tal vez que iba a olvidar su caudal biográfico y con él su principal fuente de inspiración, de materia narrativa? "No sé quien solía decir en mi casa: hay que tener recuerdos. Vivir no es tan importante como recordar"[1], anotará María Teresa León en *Memoria de la melancolía*. A la luz de esta divisa, mientras María Teresa[2] vivió, mientras recordó, su escritura, concebida como singladura vital, se deslizó por los ríos navegables de la memoria, por esos espacios[3] o amplias salas[4] que pueblan de

[1] León, María Teresa, *Memoria de la melancolía*, (Ed. G. Torres Nebrera) Madrid, Castalia, 1999, p. 130.

[2] Entre otros estudiosos, así se refiere a ella, Claudio Guillén en su artículo "María Teresa León y el recuerdo de la fraternidad", en *De leyendas y lecciones. Siglos XIX, XX y XXI.* Barcelona, Crítica, 2006, p. 419. Me sumo a su tratamiento, en ocasiones.

[3] Torres Nebrera, Gregorio, *Los espacios de la memoria* (*La obra literaria de María Teresa León*), Madrid, Ediciones de la Torre, 1996.

[4] Imagen utilizada por San Agustín en el libro X de *Las Confesiones.* También se traduce por los "amplios salones de la memoria" o "vastos palacios de la memoria" "Llego a los campos amplios y a los vastos palacios de la memoria, donde están los tesoros de las incontables imágenes de toda clase de cosas que se han ido almacenando a través de las percepciones de los sentidos". Agustín, Confesiones, Libro X, cap. 8; 12. Biblioteca de Autores Cristianos.

González de Garay, María Teresa y Díaz Cuesta, José (eds.): *El exilio literario de 1939, 70 años después*. Logroño: Universidad de La Rioja, 2013, pp. 541-553.

destellos autobiográficos su literatura y aproximan a la autora a "la piel del tiempo". Un tiempo que, como le ocurre a la joven protagonista de *Luz para los duraznos y las muchachas,* "ya no se dividía en minutos ni días, sino en memorias"[5]. El hermoso relato nombrado forma parte de la colección *Morirás lejos…* y acompaña al cuento objeto de nuestro análisis: *El perfume de mi madre era el heliotropo.* Hasta cierto punto, *Morirás lejos…* podría considerarse una colección bisagra ya que en ella María Teresa León reúne en un solo volumen la decena de cuentos que habían sido publicados en 1936[6] bajo el título de *Cuentos de la España actual*, de claro compromiso político, con los ocho nuevos cuentos escritos en su mayoría en sus primeros años de exilio en Buenos Aires.

Los cuentos del 36, perfilados a la vuelta del segundo viaje de María Teresa León y Rafael Alberti a Rusia, y adscritos a la poética del realismo social, son cuentos reivindicativos, suponen un claro alegato a favor de los desheredados y en ellos se denuncia la injusticia social que supone un mundo dividido en poseedores y desposeídos[7]. Denuncia que en algunos se rubrica en su desenlace a través del gesto airado — *Cara de perro*[8]— el exabrupto —*Sistema pedagógico*— o la acción —*Un examen*—.[9]En otros, como *Infancia quemada*, los destellos autobiográficos prevalecen, al igual que ocurrirá con dos nuevos títulos que formarán parte ya de la colección de relatos del 42, *El Barco* y el mencionado *El perfume de mi madre era el heliotropo*. Un elemento común a los diez primeros relatos es la toma de conciencia revolucionaria[10], capitaneada por una mujer o una niña como en *Una estrella roja*, *Liberación de octubre* o *El derecho de la Nación.* En los cuentos posteriores, escritos ya en el exilio, la autora se aleja del cuento social y de su dialéctica revolucionaria para construir un conjunto de relatos más elaborados, más complejos, en donde María Teresa, que ha sufrido ya la guerra, y su despojamiento, puede tratarla en relatos como *Morirás lejos…*[11] o *Luz para los*

[5] León, María Teresa*, "Luz para los duraznos y las muchachas"*, en *Morirás lejos…,* Buenos Aires, Editorial Américalee, 1942, p. 182.

[6] Sigo el prólogo de Joaquín Marco a León, María Teresa, *Una estrella roja*, Madrid, Espasa-Calpe, 1979, p. 11 y la edición de Gregorio Torres Nebrera a León, María Teresa, *Fábulas del tiempo amargo y otros relatos,* Madrid, Cátedra, 2003, p. 47 para fechar la colección de *Cuentos de la España actual*, frente a otras monografías que datan la obra en 1935.

[7] Torres Nebrera, Gregorio, *Fábulas del tiempo amargo y otros relatos, Op. cit*., p. 58.

[8] Estébanez Gil, Juan Carlos, *María Teresa León. Escritura, Compromiso y Memoria*, Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, Colección Beltenebros, 2003, p. 174.

[9] Parafraseando a Luisa Carnés, estos "niños que no saben reír" denuncian por medio de su mueca perpleja su injusta desposesión. Carnés, Luisa, "Mirando a España: niños que no saben reír". *El Nacional* (18 de marzo de 1952) p. 3.

[10] Marco, Joaquín, *Una estrella roja*, *Op. cit.,* p. 14.

[11] Cuento de personajes memorables — Basilisa y 'el señor'— que da título a la colección.

duraznos y las muchachas.[12] También ficcionaliza el alborozo de la llegada a América en el relato intrahistórico *La hora del caballo*,[13] escrito a modo de biografía novelada de una yegua, o evoca la memoria de la infancia recobrada a través de los sentidos en *El perfume de mi madre era el heliotropo.* No desaparece en estos nuevos cuentos la ilusión revolucionaria de un mundo mejor, *El Barco*, o la denuncia de la explotación y la pobreza, *Zapatos para el viento* o *El forastero*. De otro lado, los cuentos comprometidos y urbanos no eluden momentos líricos, rememorativos o sensoriales, *Liberación de octubre*, por ejemplo, ni tampoco eluden momentos de recreación del espacio natural, *Sistema pedagógico* sería uno de ellos. De hecho ya en la colección de cuentos del año 30, *La bella del mal amor*, y en concreto en dos de sus relatos, *La amada del diablo* y *La bella malmaridada*, aparecen rasgos de explotación, de injusticia social o de infidelidad conyugal que luego tornarán a surgir en colecciones, como es la que nos concierne, u obras posteriores[14]. Así mismo sucederá con el tratamiento del tema de la guerra, del exilio y del retorno.[15]Establece de este modo María Teresa León un diálogo intertextual, temático y formal entre sus diferentes colecciones de cuentos.[16] Es más, muchos de los elementos biográficos diseminados en sus relatos se recogerán —y en no pocos casos ampliarán— en su obra *Memoria de la melancolía*, a modo de cuadro final de una escritura, de un tiempo histórico, de una vida. En *El perfume de mi madre era el heliotropo*, León realiza una bellísima indagación en el mundo de la infancia, ya no se trata de narrar como en *Cara de perro* una "fracasada infancia proletaria"[17], tampoco el viaje épico en busca de la utopía soviética de *El Manías,* en el cuento *El Barco,* o la desolación de la alumna de *Infancia quemada* al

[12] Véase Tabea Alexa Linhard, "Cuando los melocotones ya son duraznos y la guerra nunca acaba: violencia, género y memoria en un relato de María Teresa León", en *Escritores, Editoriales y revistas del Exilio Republicano de 1939,* Sevilla, Grupo de estudios del Exilio Literario (GEXEL) de la Universitat Autònoma - Renacimiento, 2006, pp. 449-456.

[13] "A partir de la lectura del cronista Bernal Díaz del Castillo (y del mismo concepto de la intrahistoria, anunciado en el episodio galdosiano de *Trafalgar*) María Teresa León nos presenta aquel desembarco en el México precolombino no como la hora de Cortés (que sería *la hora de la historia*) sino como la hora del caballo (que sería *la hora de la intrahistoria*). G. Torres Nebrera, ed., en León, María Teresa. *Fábulas del tiempo amargo y otros relatos, Op. cit.,* p. 72.

[14] Torres Nebrera, Gregorio, *La bella del mal amor. Cuentos castellanos*, Madrid, Bercimuel, 2012, pp. 28 y 29.

[15] Como sucederá en algunos cuentos pertenecientes a su coleción *Las peregrinaciones de Teresa* (Ed. Mª Teresa González de Garay, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2009) o en sus *Fábulas del tiempo amargo* (Ed. G. Torres Nebrera, *Op. cit.,*)

[16] Diálogo que se puede extender a toda su obra.

[17] León, María Teresa, *Morirás lejos… Op. cit.,* p. 117.

tomar conciencia de sus privilegios de clase, tampoco el suicidio del protagonista de *Un examen* al conocer su absoluta imposibilidad de acceder a la cultura, de estudiar. En *El perfume de mi madre era el heliotropo*, María Teresa León echa mano de un conjunto de registros que le son especialmente gratos y fructíferos: la evocación poética, la sensorialidad, la introspección, el buceo en la memoria, en el yo. El bosquejo del cuento, junto a otras piezas completas o inacabadas, forma parte de "un cuaderno manuscrito autógrafo de María Teresa León titulado [Textos en prosa][18]". Siguiendo a la investigadora Marta Marina Bedia, el cuaderno de fabricación francesa hace suponer "que fue comprado por los Alberti durante su estancia de casi un año en París (a partir de marzo de 1939), y que quizá algunos de los textos fueron comenzados allí. Ahora bien, numerosos indicios (como distintas referencias geográficas) nos advierten de que buena parte del contenido de la libreta fue completado en Argentina (país al que el matrimonio llegó el 3 de marzo de 1940)"[19]. Este sería el caso del relato *El perfume de mi madre era el heliotropo.* El cuaderno citado, "Textos en prosa", contiene dos esbozos narrativos de desigual extensión a modo de bosquejo de *El perfume de mi madre era el heliotropo*. El primero de ellos, el más largo,[20] no tiene título, comienza *in media res* y cuenta la relación de amistad entre una adolescente, Isabela, y un muchacho, Salvador, tal como se narrará en el cuento posteriormente reescrito en Argentina, *El perfume de mi madre era el heliotropo*. Como en la versión final del cuento, este fragmento recrea y reitera, a lo largo de la narración, el deseo de Isabela de conocer el río.[21] El

[18] Marina Bedia, Marta, "Antón Perulero. Un cuento inédito de María Teresa León", en *Revista de Literatura*, LXIV, 128 (2002) p. 570. Agradezco a los investigadores Marta Marina Bedia y Antonio Plaza el acceso al manuscrito autógrafo y a la consulta y transcripción de los textos.

[19] *Ídem*., *Op*. Cit., p. 570. Precisa además la investigadora la fecha de composición *ante quem* (15 de junio de 1940) "para, al menos, un grupo de los textos", entre ellos el cuento *El pájaro sobre los hombres* del que hablaremos a continuación.

[20] El cuaderno consta de 73 hojas numeradas a lápiz, pero no podemos afirmar que la numeración corresponda a María Teresa León o a una mano posterior. El fragmento narrativo innominado comienza con una interrogación "¿Y tú?, comprende desde el folio f. 17r (recto) hasta el 23v (vuelto) y está precedido de un dibujo a lápiz que se encuentra en el folio 16v que representa a "Mal abrigo", el pueblo que aparece en *Antón Perulero*, cuento editado por M. Marina Bedia (*Op. cit.,* pp. 569-585). A este fragmento le sigue *El pájaro sobre los hombres* que ocupa desde f. 24r hasta 27r, teniendo en cuenta que f. 25v está en blanco. En 27r el final inacabado comparte página con un texto breve sobre *La rebelión de las masas* en donde León expone su juicio lector. En la transcripción de los textos, he regularizado la ortografía; en ocasiones, en alguno de ellos, se observa el laísmo de la autora.

[21] "La niña volvió a repetir

--¿Cómo es el río?

segundo fragmento, situado a continuación del primero, se titula *El pájaro sobre los hombres*, consta de una sola secuencia y aparece inacabado. También en él se narra la relación de amistad entre Isabela y Salvador, poniendo énfasis el cuento —y justificando así su título— en los tordos que caza la niña-hondera.[22] De ambos esbozos se sirvió la autora en el momento de reescribir en Argentina la versión definitiva de *El perfume de mi madre era el heliotropo*[23], pero también de los dos esbozos se alejó la autora cuando, al reelaborar *El perfume…,* al reescribirlo para su publicación en *Morirás lejos*…, incorporó un elemento ausente en ambos bosquejos: el valor del recuerdo, la presencia de la memoria evocada a través de los sentidos, aspectos que preanuncian *Memoria de la melancolía* y que van a consolidarse plenamente en su autobiografía.

De este modo, frente a la única secuencia inacabada de *El pájaro sobre los hombres*, *El perfume de mi madre era el heliotropo* se divide en dos postales, o partes,[24] de diversa temporalidad. La primera es una clarísima postal del recuerdo,

---

Salvador reunía las briznas de juncos que se le habían quedado en las orillas del recuerdo.
--Es verde.
Isabela apretó con su pie calzado la alpargata rota.
--¿Cómo es el río?
--Verde.
La chica apoyó más [sic]
--Cómo [sic] es el río?
--Verde.
--Apretó con toda su fuerza, se puso en pie sobre la alpargata sudada, ardorosa, pobre.
--¿Cómo es el río?
[…]
--¿Por qué no vas tú [sic] a verlo, señoritinga?"
Mss. cit., f. 17v.

[22] "Isabela colocaba otro canto redondo y…
-- ¡Trae el pájaro!
Salvador pasaba la puerta chica, cruzaba el zaguán [sic], abría la grande desaparecía cinco segundo[sic] mientras Isabela silbaba una marcha militar que oyó a los títeres y subía con el tordo alcanzado en la garganta.
-- ¡Ven!
El muchacho balanceaba su asombro entre el pájaro muerto y la niña cazadora" Mss. cit., f. 25r.

[23] Citado abreviadamente, a partir de ahora, *El perfume*…, en algunos casos, al igual que *El pájaro sobre los hombres* citado *El pájaro...*

[24] Hasta cierto punto, tanto el esbozo narrativo innominado que aparece en el cuaderno autógrafo como el relato inacabado *El pájaro*… podrían formar una unidad divida en dos partes, germen del relato final.

"¡Cuánto queremos los recuerdos!", consignará en su correspondencia María Teresa.[25] En ella se narran los juegos, la protesta, las correrías y la crueldad inocente de una niña-adolescente de doce años, Isabel[26] — Isabela en los fragmentos narrativos del cuaderno— que acecha la muerte en sus juegos.[27] La segunda postal, ubicada en una arcadia feliz, plena de sensualidad, se construye escénicamente a través del diálogo entre Isabel y Salvador, su enamorado y tonto compañero de juegos. El muchacho que aparece ya en *El pájaro…*, y en el texto innominado que lo antecede, reaparecerá posteriormente en *Memoria de la melancolía*[28]. Tanto los esbozos del cuaderno (texto intitulado y cuento inacabado) como su versión final son deudores del poso autobiográfico. Enfrentada al desamparo del exilio, María Teresa León torna a la escritura y a la rememoración de la infancia como una nueva forma de buscar, y tal vez de encontrar, en su yo lo perdido. En *El perfume de mi madre era el heliotropo,* la niña que toma del suelo guijarros para volarlos sobre los tapiales, lleva un pañuelo sobre los cabellos [que] "se queda tirante, golpeado de viento, fijo como una bandera que simbolizase la patria. Ella era su patria"[29]. El eco de Rilke presente en las primeras líneas del relato permite a la autora, adulta y exiliada, un anclaje con el pasado, con su infancia y con su patria, una nueva forma de recuperación ¿de territorialización? a través de la memoria. Tal vez ese mismo deseo de recuperar lo perdido lleve a la autora a modificar en su versión definitiva el tiempo verbal del primer párrafo del cuento, y a escribirlo en tiempo presente, frente al tiempo pasado del bosquejo, *El pájaro sobre los hombres*, comenzado a escribir probablemente en París, como un

[25] Carta dirigida a sus hijos y nietos en las Navidades de 1969 en *María Teresa León. Memoria de un compromiso* (Coord. J. C. Estébanez Gil) Fundación "Instituto Castellano y Leonés de la Lengua" Instituto Municipal de la Cultura del Ayuntamiento de Burgos, 2003, p. 124.

[26] El nombre de la niña, Isabel, alter-ego de María Teresa León, coincide con el seudónimo utilizado por la autora en sus primeras publicaciones burgalesas: Isabel Inghirami.

[27] "Y saca la niña una pareja de ratones atados en yunta por un alambre herrumbroso. Luego, un grillo dentro de una jaula, obra de Salvador. Después unas pinzas de madera sujetando un saltamontes, más una mariposa claveteada en una tabla por un alfiler de cabeza de palomita. Allí los deja al descubierto espiando su muerte" *Op. cit.,* p. 233. La actitud de Isabel recuerda la del protagonista del microrrelato de Ana María Matute "El niño que no sabía jugar", en *Obra Completa*, Barcelona, Destino, 1975, p. 241.

[28] "Tras el personaje de este cuento se dibuja el perfil de un personaje real, conocido en Barbastro, y que aparece en una página de *Memoria de la melancolía* "(G. Torres Nebrera, ed., en León, María Teresa, *Fábulas del tiempo amargo y otros relatos, Op. cit.,* p. 230 nota 2.

[29] *Morirás lejos…,* Buenos Aires, Editorial Américalee, 1942, p. 45. A partir de ahora citaré las páginas por la edición de G. Torres Nebrera ya nombrada supra *Fábulas del tiempo amargo y otros relatos.*

modo de agarrar más, ahora que la distancia y el tiempo transcurrido es mayor, lo perdido y de hacerlo presente a través de la palabra, del tiempo verbal.[30] Años más tarde en su novela posterior, *Menesteos, marinero de abril*,[31] María Teresa León recuperará la imagen del pañuelo "golpeado de viento" y la asociará al mítico y exiliado personaje de Menesteos perseguidor de una muchacha "vestida con una túnica que cruje sobre sus rodillas cuando anda golpeada de viento"[32], joven que ha dejado caer una cinta de su pelo entre dunas y sol. Este lazo será el leit-motiv de la búsqueda del marinero, de su peregrinar. De igual modo, en *El perfume*… el pañuelo, "golpeado de viento", imagen marinera de otro lado, de tránsito y de exilio, de viaje, simboliza lo perdido, lo huido, lo que se ha dejado atrás. Tiempo que se va a conjurar a través de la escritura y del recuerdo de la infancia, ¿la verdadera patria?, siguiendo a Rilke. Instaura así la autora desde las primeras líneas del cuento por medio de la presencia de este pañuelo–bandera el peregrinaje del recuerdo, de la memoria ante la vida derramada: "el pañuelo restallando de sol se hacía de cobre destacándose del muro como un coágulo"[33]. En el esbozo, *El pájaro sobre los hombres*, y en el fragmento que lo antecede, este peregrinaje se centrará en la relación de amistad entre Salvador e Isabela, en la sumisión y el arrobo que el muchacho siente por la niña,[34] mientras que en *El perfume*… "(una versión muy modificada de *El pájaro sobre los hombres*)"[35], este peregrinaje, a modo de reflejo proustiano, despertará en Isabel la memoria familiar. Este momento está preparado cuidadosamente en el cuento; antes de adentrarse Isabel/ María Teresa en la linterna de la memoria a través de los sentidos, el perfume de heliotropo,

[30] "No es prudente decir que una piedra no pueda quedarse inmóvil en el aire. Todo es cuestión de saberlo ver. El pañuelo que sobre los cabellos llevaba se quedaba tirante, golpeado de viento, fijo como una bandera que simbolizase la Patria. Ella era su patria." (Nótese la grafía mayúscula de "patria", ausente en la edición del año 42). Biblioteca Nacional de Madrid. Mss cit., f. 24r.

[31] Madrid, Bercimuel (Ed. G. Torres Nebrera), 2011.

[32] *Menesteos, marinero de abril, Op. cit*., p. 44.

[33] "El perfume de mi madre era el heliotropo", en *Fábulas del tiempo amargo y otros relatos*, *Op. cit.,* p. 228.

[34] "No la gustaban los hombres cerca sino a lo lejos, tamizados por las paredes, filtrados a través, sin presencia tangible. Cuando los ve, huye interponiendo entre ella y ellos las puertas de un armario. Únicamente [sic] no rechazaba a Salvador que sentado en el suelo, agrandándose [sic] con las manos el agujero que el dedo gordo de su pie izquierdo abrió en la alpargata continuaba mirando el perfil de la tiradora[…] El espectador no cesaba de llevar sus ojos del pañuelo al perfil, de la honda a la copa del álamo durante horas larguísimas de sumisión y de respeto" Biblioteca Nacional de Madrid. Mss. cit.,f. 24v.

[35] Marina Bedia, Marta., *Anton Perulero.* Un cuento inédito de María Teresa León, *Op., Cit*., p. 570. Cierto, faltarían sumar otros muchos elementos. Sin embargo, algunos, como la escena del río, están presentes en el texto intitulado del cuaderno autógrafo.

María Teresa León describe "la piel del tiempo". Es decir, en ese viaje retrospectivo, ausente en *El pájaro…,* [36] la primera parte de *El perfume de mi madre era el heliotropo* se abre a la descripción de los espacios interiores de una casona chata y alargada, un patio sombrío, unas buhardillas y sobre todo un desván. La cal se posa "sobre los huesos de los muros"[37], los espacios cobran vida, y los muebles, "de tierna curva de madera labrada"[38], rememoran el paso del tiempo, "todos son tenaces testigos de algunas muertes, de algunas vidas, de algunos suspiros. La niña les oye dolerse"[39].

> […] Algunas puertas de estas casas viejas y chatas como amplios establos, tienen una mejilla suave, por donde gusta pasar la mano. ¿Cuántas manos? Una mano más. […] Tal vez la que está preparando en su vientre otra mano que vendrá, también, a acariciar la superficie lisa de la puerta, la piel del tiempo…[40]

Es muy interesante observar como en *El perfume*…, María Teresa León privilegia la estrategia de ahondamiento en el tiempo, en la memoria, en el yo, mientras que en los esbozos del cuaderno parisino, relatos, de otro lado, incompletos, esta estrategia se desplaza del yo a la propia tierra, al espacio natural. En *El pájaro…* la autora no muestra el interior de Isabela/María Teresa sino de la llanura, de la tierra, radiografía el campo, pero hasta cierto punto, la estrategia de ahondamiento que seguirá la autora en *El perfume*… se diseña ya en *El pájaro…*

> Suben a la colina. Isabela se protege los ojos. Descarnada [sic], abiertas, las arterias de la llanura mostraban su interior. Se veía los sistemas venosos donde los bueyes aran, la respiración del pecho de la tierra en unos montecillos discretos asomados al palco de la vida del campo. El campo recogía los rebaños en repliegues a medio iniciar, casi como la prudencia de las olas cuando los días tranquilos escapan a la fluidez del agua para hacerse arena blanca. Iba el ganado sobre la costra ardorosa del otoño trotando indiferente a la luz del cielo redondo en el espejo de sus ojos buscando lo verde de una chopera.[41]

[36] Y también en el texto que lo precede, aunque en éste, a diferencia de *El pájaro*, Isabela busca a su abuelo fallecido – el general-- y nombra a su madre con desapego, personajes que no aparecen en *El pájaro…* "Aquella noche cuando abrió Isabela el cajón [sic] de la cómoda se encontró con el general muerto. Estaba vestido de gala, estirados los calzones de ante blanco, lleno de condecoraciones de hormigas". Mss. cit., f. 19v.

[37] *Op. cit*., p. 229.

[38] *Ídem*., p. 232.

[39] *Ibídem*., p. 229.

[40] *Ibídem*., p. 232.

[41] Mss. cit., f. 26r.

En *El perfume de mi madre era el heliotropo*, el momento climático de esta estrategia, que supondrá el despertar de la memoria familiar, del recuerdo, llega cuando Isabel correteando, jugando con su paciente compañero, Salvador, subirá al desván. Como si de un cuento maravilloso se tratara — y aparecen canciones e inicios de cuentos dentro del cuento— el desván, espacio imaginario de la soledad y del misterio, buhardilla de los deseos y de la libertad, guarda, entre otros tesoros, un cerrado baúl.

> Lo que más le costó fue librar de su cerradura a un baúl cubierto de cordobán oscuro. Al abrirlo, palpitó de sorpresa. Lo volvió a cerrar. Al día siguiente, subió con Salvador. Un perfume maravilloso de heliotropo asombró los sentidos de Isabel.[42]

El perfume de heliotropo hace emerger el pasado, la tela de los sueños, la luz de la memoria.

> […] Pero el perfume del heliotropo le cosquillea femeninamente la nariz, trayéndole un recuerdo. Ve tan dentro la imagen, que se echa a soñar, mirando la linterna mágica de su memoria y se tumba sobre un montón de trajes, envuelta en las hondas del heliotropo que vienen a romperse hasta su carne oscura, bañándola de un vago tejido de sueños"[43]

Isabel-María Teresa se sumerge en ella y evoca la imagen de su madre: "huele a heliotropo mansamente; a fiesta felizmente; a madre, suavemente…"[44] En este momento, el relato se construye a base de frases trimembres, a modo de hermosa prosa poética, de onomatopeyas que espejan el crujir de la falda de raso materna: Fru-frú, frú-frú…fru-frú… de personificaciones: "El alba mete sus dedos más pequeños por las maderas mal cerradas"[45] La atmósfera creada, la introspección, el tiempo recobrado esconde agazapado el dolor final que finalmente revela la escritura: "¡Adiós! Fru-frú, fru-frú… Isabel muerde los trajes. Entre los dientes se le queda una hilacha. 'Pero si no era mi madre' murmura. Y se tumba de nuevo 'mi madre era la Tata María'[46]. De nuevo, un flash autobiográfico, el correspondiente al personaje de la Tata María, nombrado en un fragmento muy

[42] *Op. cit*., p. 234.
[43] *Ídem.,* pp. 234-235.
[44] *Ibídem.,* p. 235.
[45] *Ibídem*., p.235.
[46] *Ibídem.,* p. 236.

corregido de *El pájaro*…[47], y en el esbozo intitulado que lo antecede,[48] desarrollado posteriormente en *El perfume…*, ampliado en *Memoria de la melancolía*.

Y sigue el relato:

> Otra vez la madre se marcha de fiesta. Lleva sobre los rizos rubios un sombrero de grandes plumas tórtola. La niña ha de decirle adiós desde la verja. La Tata María la mantiene apretada contra el pecho.'Adiós, di adiós a mamá'. Pero la niña no ha dicho adiós, sino que al esconder su cara en el hombro maternal de su Tata, ha pensado por primera vez:'Mi madre es ésta'.[49]

Cuando a mediados de los años 60, María Teresa León escriba su autobiografía evocará a su madre sensorialmente, proustianamente, a través de ese olor de vainilla del perfume de heliotropo: "detrás de ese olor quedaba el de mi madre, heliotropo o violeta o el de mi abuela, sándalo o maderas orientales"[50], pero su juicio diferirá. En *Memoria de la melancolía* se dibuja una imagen materna más compleja, más completa, acrisolada por el paso del tiempo; se cierran las heridas para dar paso a la reconciliación; la punta de iceberg que supone el cuento va a mostrar sus partes escondidas en la autobiografía posterior. El relato, *El perfume de mi madre era el heliotropo*, preanuncia, contiene y sintetiza un conjunto de retazos, de destellos familiares que van a ser desarrollados posteriormente. Así la imagen del abuelo paterno, "general que murió en la batalla de Montejurra"[51], de quien procede esa manía de la niña de acechar la muerte, con su implícita crueldad, tal vez reflejo o contagio del mundo de sus mayores,[52] o de su abuela materna, "abandonada la noche de la boda sobre las sábanas coronadas de su lecho virgen…"[53], hasta llegar a ese padre húsar "rendido amante de actrices, muerto del corazón…Y todos ellos dentro de aquel perfume de heliotropo que acaricia a la niña, que la lleva en volandas…Fru,frú, fru-frú, cruje el vestido y las

[47] "[…] la Tata María pero ella sola es la que dobla los trajes de Isabela, los plancha, los guarda, la [sic] da de comer. La guardesa ni aparece por el patio. Nadie entra nunca en aquellos cuatro muros" Mss. cit., f. 24v.

[48] "Te he dicho que no limpies", gruñía destemplada Isabela y cuando la Tata María que dormía en la casa del guarda—'como el perro', solía decir—intentaba transtornar el desorden tenía que aprovechar el sueño" Mss. cit., f.17r.

[49] *Ibídem*., p. 236.

[50] León, María Teresa, *Memoria de la melancolía* (Ed. G. Torres Nebrera) Madrid, Castalia, 1999, p. 75.

[51] *El perfume*… *Op. cit*., p. 236. Personaje que también aparece en el esbozo que antecede al relato *El pájaro sobre los hombres*. Mss. cit., f. 19v.

[52] Atmósfera de violencia contenida muy parecida a la que refleja Ana María Matute en su colección de relatos *Los niños tontos* (Barcelona, Destino, 1975) 1ª Ed. 1956.

[53] *El perfume*… *Op. cit*., p. 237.

encinas viejas de los muebles…'Souvenir'[54]. Un *souvenir* coronado, de canciones infantiles, la canción de los dedos, de cuentos populares, "Tres, eran tres, las hijas del rey," de deseos, de ensueños…[55] Un *souvenir* ausente de *El pájaro sobre los hombres*, y del relato intitulado que lo precede, en donde los elementos sensoriales y proustianos no aparecen.

En la segunda parte de *El perfume de mi madre era el heliotropo*, María Teresa utiliza un rasgo que no es nuevo en su registro literario pero que en algunos de los cuentos bonaerenses enfatiza como es su comunión con la naturaleza. En esta segunda parte de *El perfume…*, la que guarda más similitud con el esbozo intitulado, María Teresa León se aleja de los espacios interiores, de la retrospección, de la descripción, para mostrar al lector, a través del diálogo ente Isabel y Salvador, un mundo edénico, un espacio verde y umbrío muy parecido a un paraíso perdido. Como relato memorable, el escenario se carga de cualidades dramáticas.[56] "A su espalda, dejan las columnas iguales, la arquitectura chata, la criada vieja… ¡Dios, qué sol!"[57] En un jardín naciente pleno de belleza, Salvador e Isabel escapados de la casa conocen el río… o lo que es lo mismo, conocen la vida, crecen, se adentran en una soledad "de sauce y menta" que "no tiene ventanas de párpados cerrados, ni generales muertos […] ni Tatas Marías viejas para cuidar a la niña loca…"[58] Espacio que no guarda un pasado doloroso y puede albergar una nueva vida que a su vez podrá ser rememorada a medida que se cumpla el ciclo vital.

El relato va ganando en preciosismo, en intensidad, como si de un poema en prosa se tratara se cuaja de anáforas, de geminaciones, de comparaciones, de exclamaciones retóricas, de adjetivación profusa. Isabel se asemeja a una Venus-Niña —¡Qué bonita era así entre la espuma!—[59], a una corza — "Pareces corza"— le dirá Salvador.[60] La corza-niña eco de Bécquer y preanuncio de la corza engullida en una de sus *Fábulas del tiempo amargo*.[61] También la muchacha perseguida por

[54] *Ídem.,* p. 237.

[55] González Martín, Diana, "Imaginar el espacio. Los sueños en la narrativa breve de María Teresa León*",* en *Escritores, Editoriales y revistas del Exilio Republicano de 1939, Op. cit.,* pp.431-440.

[56] Merino, José María, "Un viaje al centro: cuento y novela corta", en *Ficción continua*, Barcelona, Seix-Barral, 2004, p. 78, en donde el autor habla de "concentración dramática".

[57] "El perfume de mi madre era el heliotropo", en *Fábulas del tiempo amargo y otros relatos, Op. cit*., p. 240.

[58] *Ídem*., p. 244.

[59] *Ibídem*., p.240-241 y en el fragmento narrativo intitulado f. 21v.

[60] En el fragmento narrativo intitulado se califica a la niña de "corzuela" [tach.: "¡Con qué infinito amor restaña a la corzuela herida en el agua"!] Mss. cit., f. 23r.

[61] "Comed, comed, que ya estoy invitada", en *Fábulas del tiempo amargo y otros relatos*, *Op. cit.,* pp. 309-314.

Menesteos se asemejará a una cierva.[62] Los pies descalzos de Isabel se agarran al fondo, "se encadenan en el fondo"[63] en comunión con la naturaleza, en una plena fusión telúrica. Imagen que al igual que la de Venus-Niña, o la de la niña- corza también reaparecerá en *Menesteos, marinero de abril*. Como Isabel, Menesteos, vencido y exiliado, "sentía que sus pies ya no necesitaban sandalias para unirse a la tierra, pues sus pies desnudos se combinaban estrechamente con la tierra"[64].

Como en la primera parte del cuento, el momento climático se prepara cuidadosamente, Salvador e Isabel se desprenden de sus ropas húmedas,"Se han quedado desnudos bajo la sombra verde"[65]Salvador cual satirillo inocente empuja a la niña que de repente se desploma y se asusta al ver como discurren por sus piernas hilos de sangre, "lágrimas de vida"[66], y como esos hilos tiñen de carmín el río.

> Por las piernas abajo van los hilillos nuevos abriéndose en palmas, dibujando la piel misteriosamente. El muchacho arranca un puñado de yerbabuenas y frota las gotitas despacio, restañando el miedo.
>
> —Calla niña, no llores.
>
> Y empapa con las hojitas tiernas de los berros las lágrimas de vida que van muslos abajo… [67]

En el bosquejo del cuaderno, "lagrimas de sangre que van muslos abajo [tachado: brillantes, recientes] resbalando".[68] Imagen que se repite en *Menesteos, marinero de abril* "por los muslos de la muchacha rodó, al levantarse, una gota encendida de carmín. Se la señaló al hombre"[69] También Isabel/Isabela se la señalará a Salvador.

Como la piedra detenida en el aire, "toda la vida en torno se congela en unos instantes, atenta al rito de núbil doncellez, de promesas de continuidad al pasado convocado en la parte primera del cuento"[70]

---

[62] *Menesteos, marinero de abril, Op. cit.,* p. 45.

[63] "El perfume de mi madre era el heliotropo", en *Fábulas del tiempo amargo y otros relatos, Op. cit*., p. 243.

[64] *Menesteos, marinero de abril, Op. cit.,* p. 23.

[65] "El perfume de mi madre era el heliotropo", en *Fábulas del tiempo amargo y otros relatos, Op. cit*., p. 242.

[66] *Ídem*., p. 244.

[67] *Ibídem*., p. 243-244.

[68] Mss. cit., ff. 22v-23r.

[69] *Menesteos, marinero de abril, Op. cit.*, p. 38.

[70] Siguiendo a Torres Nebrera en *Fábulas del tiempo amargo y otros relatos, Op. cit*., p. 66.

> Se han detenido los regueros de hormigas y la oruga, dentro de su capullo, y el sapo flautero en su charca, para no interrumpir este mediodía. Palpitan los recentales y las cañas tiemblan deseosas de anunciar la noticia. ¡Aleluya! Va cayendo, suspendida un instante sobre la cabeza de la niña nueva, la dulzura de las hojas desprendidas. Desanda el río su curso para besarle los pies dos veces. Bajan las cabras a beber en sus manos apuntando flor. La vaca embiste dulcemente en la inicial de sus pechos apenas cuajados. Dejan los pájaros sus crías más temprano para que ella les dé su primera mirada. "¡Tres eran tres las hijas del rey!" El campo brinca de árbol en hoja, de piedra en agua. Una corona de novillos jóvenes rodea con sus mugidos lentos a la pareja y alargan los blandos hocicos hasta murmurar ellos también: ¡Aleluya![71]

A este momento de plenitud, de felicidad, de unión, de comunión con la naturaleza, subrayado literariamente por su intensidad discursiva,[72]le seguirá el regreso, ¡Siempre hay que regresar![…] ¡Siempre hay que desandar![73], la separación. "La casa ancha y chata parece más que nunca un establo"[74] María Teresa León finaliza su bellísima indagación autobiográfica con unas líneas que también aparecen en su cuaderno manuscrito: " Y se deja caer flexible y mansa, igual que dormía la correa de su honda sobre su hombro, cuando no conocía el río más que por el ruido de la piedra en el agua, las ramas heridas de los álamos, el tordo muerto"[75] Esa "piel del tiempo" acariciada en la primera parte del cuento se convierte, ahora, en conocimiento. La linterna mágica de la memoria recupera en el exilio lo perdido, la infancia, la patria…

[71] "El perfume de mi madre era el heliotropo", en *Fábulas del tiempo amargo y otros relatos, Op. cit*., p. 244. También en el esbozo, aunque el fragmento no está tan elaborado. Mss. cit., ff. 23r-23v.

[72] Guillén, Claudio., "María Teresa León y el recuerdo de la fraternidad", en *Op. cit.,* p. 420.

[73] El perfume de mi madre era el heliotropo", en *Fábulas del tiempo amargo y otros relatos, Op. cit*., p. 244.

[74] *Ídem.,* p. 245.

[75] *Ibídem.,* p. 245. Y en el esbozo: "y se deja caer flexible y mansa igual que la correa de su honda dormía lisa sobre su hombro cuando no conocía [sic] el río mas que por el ruido de la piedra en el agua, las ramas heridas de los álamos, el tordo muerto..." Mss. cit.,f. 23v. Es muy interesante observar la coincidencia entre el inicio de *El perfume de mi madre era el heliotropo* y el inicio de *El pájaro sobre los hombres* y la coincidencia entre el final del fragmento narrativo intitulado (el esbozo del cuaderno autógrafo) y el final de *El perfume*… Ambos textos base del cuento analizado: *El perfume de mi madre era el heliotropo*.